

en Francia le faltaba sólo una cosa, pero que esta cosa era indispensable, á saber: restituir á Francia la Bélgica y agregarle algunos territorios de la orilla izquierda del Rin. A esto contestó el príncipe, asustado, que «tal pretensión sería rechazada por Inglaterra y Prusia y originaría una guerra espantosa.» Napoleón replicó: «De ninguna manera; no se disparará ni un tiro; á Inglaterra le daré un buen tratado de comercio, y si Prusia comprende sus intereses, de buena gana me concederá dos millones de almas, si en cambio puede tomarse en Alemania diez ó doce millones para sí.»

Esta fué la ilusión que causó la ruina del emperador, quien no supo comprender que á los prusianos les parecía cosa monstruosa que un rey de Prusia se ciñera la corona imperial de Alemania con una mano, y con la otra vendiera, como Judas, una parte á Francia, considerada como enemiga mortal. Pero la ilusión era tan fuerte, que un hombre de Estado prusiano supo servirse de ella para guiar al emperador; mas para excusar á Napoleón hay que recordar que tenía otra ilusión, compartida por todos los hombres de Estado de Francia, y era la de creer invencibles las armas francesas. Tenían esta creencia los hombres de la diplomacia imperial, y en primera línea su embajador en Berlín, conde de Benedetti.

Tienen mucho interés las negociaciones relativas á las fronteras del Rin que Napoleón exigió por vía de compensación, y según Bismarck por vía de *propina*, para permitir el engrandecimiento de Prusia. Benedetti escribió en 8 de junio de 1866 que los recelos de Alemania contra Francia volverían á despertarse al menor motivo de sospecha de que pretendía ensancharse del lado del Rin. «El conde de Bismarck es el único que se ha acostumbrado á la idea de que Prusia pudiera tener interés en concedernos un aumento territorial, cuando todo lo más que concedería sería una rectificación de las fronteras comunes; pero ningún prusiano, desde el rey al más humilde de sus súbditos, admite la posibilidad de hacer semejante sacrificio.» El príncipe heredero había declarado que preferiría la guerra á comprar la incorporación de los ducados con la cesión del pequeño condado de Glatz. Tales temores parecían olvidados cuando los renovó la carta de Napoleón del 11 de junio. Benedetti anunció á su gobierno que el documento había causado en Berlín una impresión profundísima y era objeto de todas las conversaciones. Añadía el embajador que en Berlín se rechazaba la idea de ceder territorio á Francia.

Asegurada la paz preliminar de Nikolsburgo, es decir, cuando estaba conjurado el peligro de una intervención armada de Francia, recibió Benedetti el encargo de anunciar las exigencias de compensaciones de Francia. El embajador francés no sospechó que las dificultades que antes había señalado se habían transformado en imposibilidades por efecto de los acontecimientos, y creyó que el éxito dependía del lenguaje que se le permitiese usar, y aconsejó un tono decisivo, es decir, que se amenazase con la guerra en caso de ser rechazadas las pretensiones, consejo que fué efectivamente seguido. Al regresar á Berlín en los

primeros días de agosto, recibió orden de entregar al conde de Bismarck un proyecto de tratado que concedía á Francia toda la orilla izquierda del Rin con inclusión de la fortaleza de Maguncia. Benedetti vaciló ante semejante exigencia, y parece que tuvo el propósito de prescindir de sus instrucciones é ir á París para hablar á Drouyn de Lhuys. Hizo mal en no seguir este primer impulso, que habría ahorrado á su país dolorosísimas pruebas, pues hubiera podido decir en Vichy al emperador, y en París al ministro, que después de las victorias de Prusia era temeraria la petición de Francia.

El proyecto de tratado constaba de tres artículos:

»1.º El imperio francés vuelve á entrar en posesión de los territorios, pertenecientes actualmente á Prusia, que estaban incluidos en los límites de Francia en el año 1814.

»2.º Prusia se obliga á alcanzar del rey de Baviera y del gran duque de Hesse, reservando á estos soberanos una indemnización, la cesión de los territorios que poseen en la orilla izquierda del Rin, y traspasarlos á Francia.

»3.º Quedan suprimidas todas las disposiciones que ligan á la confederación alemana con los territorios que se hallan bajo la soberanía del rey de Holanda, como igualmente las disposiciones que se refieren al derecho de tener guarnición en la fortaleza de Luxemburgo.»

Benedetti envió en la mañana del 5 de agosto una copia al conde de Bismarck, con una carta que decía así: «Mi querido presidente: en contestación á las comunicaciones que envié á París á consecuencia de nuestra conversación de 26 del mes pasado en Nikolsburgo, recibo de Vichy el proyecto de un convenio secreto del cual encontrará adjunta una copia. Me apresuro á ponerlo en su conocimiento para que pueda examinarlo con calma. Por lo demás, estoy á su disposición para hablar del asunto con usted tan pronto como juzgue el momento oportuno. Enteramente á sus órdenes: BENEDETTI. — Domingo, 5 de agosto de 1866.»

El embajador de Francia esperó dos largos días una señal de vida del conde de Bismarck, hasta que la noche del día 7, no pudiendo dominar su impaciencia, pasó á visitarle á su casa. Se hallaba á la sazón en el gabinete del ministro prusiano Vilbort, corresponsal del *Siècle*, que hacía á Bismarck su visita de despedida para darle las gracias por las atenciones que le había dispensado en Berlín, en el campamento de Horitz y en Nikolsburgo. A las diez fué anunciado el conde de Benedetti, y Bismarck dijo al periodista que pasara al salón y le aguardara tomando una taza de te, pues estaría pronto á su disposición; pero pasaron casi tres horas, durante las cuales esperaron el periodista, la familia y los amigos de la casa, hasta que vieron entrar en el salón á Bismarck, sereno y sonriente. Se sirvió te, se fumó y se bebió cerveza á la manera alemana; la conversación se hizo viva, se habló de Francia, Italia y Alemania; y como corrían entonces en Berlín rumores de una guerra inmediata con Francia, dijo Vilbort al marcharse á Bismarck: «Señor ministro, ¿quiere usted permitirme una

pregunta muy indiscreta? ¿Me llevo á París la guerra ó la paz?» A esto contestó Bismarck en tono vivo: «La amistad, la amistad duradera con Francia. Espero firmemente que Francia y Prusia formarán en adelante una alianza fraternal de inteligencia y de progreso.»

En esta entrevista Benedetti apoyó las exigencias de Francia, rechazadas por Bismarck, quien dijo á su interlocutor que equivalían á la guerra y que haría bien en ir personalmente á París para evitarla. Repuso Benedetti que á París iría de todos modos, pero que recomendaría por convicción propia al emperador el sostenimiento de su exigencia, porque estaba persuadido de que la conservación de la dinastía peligraba si no se tranquilizaba á la opinión pública en Francia con una concesión de esta clase por parte de Alemania. Bismarck repitió que después de tan grandes victorias no había medio de proponer siquiera al rey semejante proyecto, por lo cual suplicaba al embajador que retirara su nota. Benedetti contestó que las órdenes de su gobierno eran formales y que si el ministro se negaba á poner en conocimiento de su soberano las exigencias de Francia, no tendría más recurso que solicitar ser recibido por el mismo rey. Al final de la entrevista suplicó Bismarck al embajador que llamara la atención del emperador sobre que una guerra en tales circunstancias podría ir acompañada de estampidos revolucionarios, enfrente de los cuales la dinastía alemana resultaría más sólidamente arraigada que la del emperador Napoleón. Las últimas palabras del embajador fueron: «Si usted rehusa, es la guerra,» á lo cual el ministro prusiano contestó también en son de despedida: «Pues bien, la guerra.»

La mañana del 8 de agosto fué recibido el embajador francés por el rey Guillermo, quien le dijo que no cedería ni un terruño alemán ni una chimenea de aldea alemana. Aquella misma mañana el periodista Vilbort visitó al consejero prusiano Keudell, para preguntarle por qué se había sonreído de una manera tan singular cuando la noche anterior le habló Bismarck de la amistad con Francia, á lo cual Keudell le respondió: «Usted sale esta noche para París; pues bien, déme palabra de honor de guardar el secreto de lo que le voy á confiar hasta que se halle en París: antes de quince días tendremos la guerra junto al Rhin, si Francia insiste en sus exigencias territoriales. Francia nos pide lo que ni podemos ni queremos dar. Prusia no cederá ni una pulgada de terreno alemán; no lo podríamos hacer sin levantar contra nosotros á Alemania entera; pero si es preciso que de todos modos se haya de levantar toda Alemania, la haremos levantar contra Francia y no contra nosotros.» Vilbort guardó el secreto hasta que se halló en París; pero el 10 de agosto publicó la gran noticia, con la cual aseguró al rey de Prusia una victoria completa contra el emperador.

El conde de Benedetti no pudo decidirse á partir sin hacer una última tentativa, y á fin de contentarle le dijo Bismarck que no había que hablar de concesiones de territorios, pero que quedaban otras combinaciones, como una alianza con Francia. Benedetti supo que el general Manteuffel había sido enviado en

misión extraordinaria á San Petersburgo, lo cual hizo temer al embajador francés que tuviese la de explicar á la corte de Rusia, por medio del proyecto de tratado del 5 de agosto, el porqué la corte de París no había querido aceptar la idea de un congreso de las grandes potencias. Preguntó Benedetti á Bismarck lo que significaba la tal misión, y el ministro prusiano le contestó que nada tenía que ver con su conversación del 7 de agosto, pues todo lo que quería el rey era dar satisfacción á la corte de Rusia por haberse negado á aceptar la proposición del congreso. Esto no satisfizo á Benedetti, quien quiso saber si se había dado conocimiento á Manteuffel de las proposiciones de Francia. Contestó Bismarck que había evitado hablarle de este asunto, pero que no podía salir garante de que el rey no le hubiese enterado de él en substancia. Benedetti telegrafió á París: «Conste que la mañana del domingo día 5 de agosto envié al señor de Bismarck copia de nuestro proyecto y que á la noche fué llamado á Berlín el general Manteuffel, que acababa de establecer su cuartel general en Francfort.»

Benedetti llegó á París el 10 de agosto y leyó en *Le Siècle* la gran noticia: «En previsión de un considerable engrandecimiento de Prusia, dícese que ha entrado el gabinete francés en negociaciones con el de Berlín respecto de la frontera del Rhin, y que Prusia hasta ahora no ha aceptado las proposiciones francesas.»

El mismo día 10 de agosto regresó de Vichy el emperador á Saint-Cloud, y después de haber oído la exposición de Benedetti escribió el 12 la siguiente carta al ministro del Interior, marqués de Lavalette:

«Llamo la atención de usted sobre los siguientes hechos. En el curso de las conversaciones entre los señores Benedetti y Bismarck, ocurrió al señor Drouyn de Lhuys enviar á Berlín un proyecto de tratado tocante á compensaciones que podríamos tener. Este arreglo hubiera debido quedar secreto en mi opinión; pero se ha metido ruido en el extranjero, y los periódicos llegan hasta sostener que se nos han negado los países del Rhin. De mi conversación con Benedetti resulta que tendríamos por una ganancia muy pequeña á toda la Alemania contra nosotros. Importa que no se extravíe la opinión pública respecto de esto. Haga usted negar estas noticias con la mayor energía en los periódicos. Escribo en este sentido al señor Drouyn de Lhuys, que me envía hoy la adjunta correspondencia de Havas. El verdadero interés de Francia no estriba en que recibamos un aumento insignificante territorial, sino en que ayudemos á la Alemania á arreglarse de la manera más favorable á nuestros intereses y á los de la Europa.»

Las circunstancias arrollaban á Napoleón, físicamente debilitado por la falta de salud, y en vez de prever los acontecimientos, se veía obligado á modificar constantemente su política. En vista de la carta dimitió Drouyn de Lhuys; pero el emperador no aceptó la dimisión, porque todavía abrigaba la esperanza de realizar por otro camino sus deseos de engrandecimiento territorial. Benedetti recibió nuevas instrucciones con fecha 16, que según aseguran autores franceses

fueron redactadas de acuerdo con el embajador prusiano Goltz. En primer lugar debía pedir la cesión de Landau, Saarbruck, Saarlouis y Luxemburgo, por un convenio público, y además un tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva que asegurase á Francia la adquisición de Bélgica. En caso de no ser esto factible, debía desistir en segundo término de la cesión de Landau, Saarbruck y Saarlouis; y finalmente en tercer lugar, y á fin de debilitar la resistencia de Inglaterra, debía acceder á la transformación de Amberes en ciudad libre, sin consentir de ninguna manera en que esta ciudad fuese agregada á Holanda ni la de Maestricht á Prusia, debiendo ésta prometer en todo caso su auxilio, sin exceptuar el armado, para la conquista de Bélgica. Benedetti informó en tales términos que el gobierno francés había de creer que Prusia no opondría obstáculos. Bismarck no admitió cesiones de territorio alemán, pero entró en discusión sobre la proposición, y según dijo Benedetti en 1870, indujo á éste á formular sus proposiciones «como quien dice bajo el dictado de Bismarck.» Se ha dicho que en realidad Bismarck dictó el proyecto, pero los alemanes lo niegan. Sea lo que fuere, lo cierto es que Benedetti creyó que Bismarck estaba conforme con la anexión del Luxemburgo y de Bélgica.

El embajador francés fué á París para dar explicaciones y se encontró con que M. Moustier había sido nombrado ministro de Negocios extranjeros. Al regresar á Berlín, Benedetti no pudo continuar las negociaciones, porque Bismarck se había ido á Varzin, donde estuvo más de tres meses. El 21 de noviembre Rothan, cónsul general francés en Francfort, dió la primera noticia, todavía bastante vaga, de los tratados ofensivos y defensivos de Prusia con los Estados de Alemania del Mediodía, noticia que produjo excitación grandísima; pero el gobierno se tranquilizó porque Benedetti dudaba de su autenticidad, tanto más cuanto el gabinete de Berlín dió algunos pasos que indicaban su deseo de vivir en buena inteligencia con Francia y, además, había concedido al embajador francés la orden del Aguila Negra; pero cuando éste á principios de diciembre volvió á tocar el asunto de la anexión, Bismarck se mostró muy frío, diciendo que no había podido hablar al rey y que el príncipe heredero se había pronunciado contra una alianza con Francia «porque ésta disgustaría al gobierno de su suegra (Inglaterra).» La contrariedad de las Tullerías aumentó cuando se tuvieron noticias de la organización del ejército de Alemania del Norte y de la negativa de Bismarck á tomar parte en un convenio europeo que garantizase los Estados de la Iglesia, con cuya garantía Napoleón deseaba asegurar el tratado de septiembre.

Napoleón comprendió la urgente necesidad de aumentar la fuerza armada de Francia para poder entrar en lucha con Prusia; pero ante la resistencia del cuerpo legislativo y el conocimiento de su debilidad militar, se vió obligado á no irritar á su adversario; y como era muy fuerte la presión que ejercía sobre su ánimo el temor á la opinión pública, cuanto más se acercaba la apertura de la legislatura de 1867, tanto más deseaba dejar por lo menos arreglada la cues-

tión del Luxemburgo. A principios de enero dió orden á Benedetti de tratarla de nuevo, pero el resultado fué poco satisfactorio. «El rey, dijo Bismarck al embajador francés, no se creía con derecho á abandonar el Luxemburgo, que sus tropas ocupaban en virtud de tratados europeos; pero tal vez, si los luxemburgueses lo deseaban, podrían arrasarse las fortificaciones, y entonces Prusia retiraría sus tropas.» Napoleón rechazó esta proposición con disgusto, que aumentó al notar que Bismarck prescindía enteramente de la anexión de Bélgica y de la alianza ofensiva y defensiva; y al saber que el príncipe heredero de Bélgica iba á casarse con la princesa María de Hohenzollern, se convenció de que la anexión de Bélgica con el consentimiento de Prusia, era pura ilusión. Benedetti aconsejó no renunciar al Luxemburgo. «Una vez allí, escribió, ya estamos camino de Bruselas, y vale más que vayamos allí quedando Prusia neutral, que exponernos al peligro de combatirla aliada de Austria.» Este modo de ver prevaleció en París, y mientras Moustier hacía declarar á su embajador en Berlín que el emperador todavía estaba dispuesto á firmar el tratado de alianza del mes de agosto de 1866, se decidió á gestionar en el Haya la venta del Luxemburgo.